

Naufragios de Tenerife.

En el sur de Tenerife, a ambos lados de ese espejo que es el mar, se pisa malpaís, un paisaje de ríos de lava solidificada, que nacieron en tierra y desembocaron bajo el mar.

Lo mismo hará la nieve; esa otra esquina del ciclo del agua, que aquí, en la cima del Teide, se busca con el fuego sin encontrarse.

Pero las brumas y las aristas cortantes del malpaís pueden ser trampas mortales para los barcos que navegan al sur de la isla de Tenerife.

El *Condesito* cayó en esa trampa. Navegaba en enero de 1972, dicen unos, o a finales de 1971, según otros, cargado de cemento.

Pudo haber una tormenta, apuntan algunos, o demasiado alcohol a bordo, sugieren otros; quizá ambas cosas.

Sea como fuere, todos los tripulantes salieron bien parados, pero el buque y su carga quedaron para siempre en el fondo del mar, a unos 20 metros de la superficie, transitados ahora por otros vigilantes.

Mientras que algunas superficies naturales permanecen despobladas, en los oxidados hierros del *Condesito* encuentran su hábitat decenas de especies epífitas. Pero en la intrincada red trófica los organismos no quedan aislados, sino relacionados con otros que buscan comida y refugio, como esta tortuga verde.

No es la única visitante de los pecios de la zona; ni la vida es siempre tan plácida.

Mientras que sus machos son grises, los vivos colores de las hembras de los peces loro, que en Canarias llaman viejas, no las dejan pasar desapercibidas entre los hierros del pecio.

Un espacio que se reparten damiselas, roncadores, viejas y romeros. Y muchos más.

Comparten este inesperado hábitat con aparente tranquilidad, aunque antes o después lanzarán sus dentelladas. Así lo harán los serranos imperiales, también denominados cabrillas; y el milano, o águila de mar, con sus potentes dientes trituradores.

Todos observan cómo dos viejas se enfrentan por el territorio. La misma boca, cuyos dientes soldados semejan el pico de un ave, sirve para devorar presas y, también, para amedrentar a un congénere impertinente que pretende usurpar el lugar jerárquico en el grupo.

Otro pez que comparte los estrechos espacios entre los hierros del *navío* es el tamboril.

También el pez trompeta recorre huecos y explora la luz y las sombras del pecio.

Todos esos peces deambulan por un espacio que ya no es nuevo.

Si alguna vez fue un objeto extraño, ahora ya forma parte del paisaje submarino; ya es el propio paisaje. Mineral, al fin y al cabo, como la arena y como las rocas. Superficie sobre la que pueden crecer algas y animales. Un peldaño de la pirámide escalonada en la que la materia y la energía van pasando de un nivel al siguiente.

En los escalones superiores de esa pirámide, la morena no pierde detalle de cuanto acontece alrededor de estos huecos que algún día fueron máquinas, mamparos, quillas, pañoles y ojos de buey. También el pez araña está atento.

Mientras la ingrátida pesadez de la tortuga se abre paso entre castañuelas y sargos... Sobre lo que alguna vez fue un barco.